

La calle
Diario de un espectador
Desenfado judío
por miguel ángel granados chapa

para el viernes cinco de febrero de 2010

El estilo literario y personal de Margo Glantz —cumplidora de 80 años, merecedora de la medalla de oro de Bellas Artes por su contribución a la cultura mexicana, a la que con esos motivos hemos dedicado este diario hasta el día de hoy—se singulariza por el humor seco, el desenfado con que se trata a sí misma y habla de su familia, de sus costumbres. He aquí su versión del fallido y no explícito intento de su padre de casarla como Dios manda después de su primer divorcio:

“Hacia 1964 fui con mi padre a Nueva York y durante el viaje me takadró los oídos, de por sí sensibles a los cambios de presión, con nombres de poetas rusos, recibidos por mí como si los estuviera sacando de un directorio telefónico en desorden alfabético, nombres que apenas empiezo a desemarañar y a ordenar en mi cabeza a medida que redacto estas páginas.

“En Nueva York, mi padre me invita al teatro judío, a ver una obra de Leivik, el gran porta. No entiendo casi nada y se reproducen en mi las condiciones lamentables de los años escolares, cuando pasé como meteoro por el Colegio Israelita sin lograr aprender el yidish. Al terminar la función vamos al escenario a saludar a los actores, y me va empujando como mula retobada, hasta que logra presentarme con un señor idéntico a cualquiera de los señores con los que me presentaba cuando era chica; y recitaba elogios sobre mí que me ponían colorada de vergüenza y de furia, sólo que este señor habla con acento inglés. Luego pasa otro a quien mi padre no conoce, pero que le dice, ‘Hello, mister Carmel?, y mi padre se emociona”

(La causa de tal emoción era el reconocimiento y recuerdo, por un extranjero en el extranjero del restaurante Carmel, situado en el corazón de la Zona Rosa cuando esta era a su vez, en los años sesenta, el centro de la actividad mundana en la ciudad de México. A sus mesas se sentaron los artistas y escritores que figuraban en los suplementos literarios y en las ediciones del Fondo de Cultura Económica y de Joaquín Mortiz. En esa cafetería, atendida personalmente por don Jacobo Glantz, se produjo el encuentro inicial de este espectador y Vicente Leñero, el gran escritor que para esas fechas estaba ya instalado en el *boom* de la literatura hispanoamericana, tras haber recibido el Premio Seix Barral, nya desaparecido pero que era tan importante como hoy lo son el Alfaguara o el Planeta)

“Descubro luego que en realidad el deseo secreto de mis padres al invitarme a Nueva York es casarme con el único hijo del señor London (seguro nombre recortado o mejorado) un impresos judío: se había hecho rico publicando en yidish los libros de los grandes poetas que eran pobres. London tenía un departamento sobre Central Park, con vista sobre el parque y *comme il faut*, y con varios muros cubiertos totalmente con pinturas muy valiosas, entre ellos varios Picassos, Braques, Utrillo, etcétera, pero sobre todo los grandes maestros judíos: Mane Katz y Marc Chagall. Más había tantos cuadros tapizando los muros que apenas podía diferenciarse un autor de otro: recuerdo un gran

Chagall azul. Lo malo fue que le gusté más al papá que al hijo. Alex, bailarín, muy simpático, quería casarse con una bailarina que no le gustaba a su papá. Mi viaje a Nueva York fue un fracaso porque ni me casé ni compré suficiente ropa y una noche, precisamente el 31 de diciembre., tuve que caminar 25 cuadras..